

los que enturbian la limpidez del alma de la mujer, los que estimulan las inconveniencias y los deslices para gozar, y deprimen luego a todo el sexo. Cumplido nuestro deseo se nos oprime el pecho porque ellas aplacan nuestra sed, porque ceden amorosas y tiernas a nuestras añagazas. ¿Y si a mis caprichos y desesperaciones Felicia no hubiera correspondido, consumiéndose de amor en silencio y mostrándose como una estatua de mármol, hubiera yo continuado cortejándola? ¿Cómo se nos prueba que se nos ama, cómo se nos manifiesta el amor? ¿No pedimos con insistencia y hasta con recriminaciones? Vive el amor de miradas lánguidas, de paliques insustanciales, de perfumes y flores, de apretones de manos, de cumplidos, regalos y ternuras, de preferencias estudiadas, de secretos, de abrazos tras las puertas y en los rincones, de besos robados en la soledad, de suspiros y lágrimas, de cartas, pañuelos y rizos, de estremecimientos y palpitaciones del corazón, de temores, sobresaltos y esperanzas. Y cuando de ese paraíso se sale como salieron Eva y Adán del suyo por haber comido la fruta prohibida, aunque la luz, la música, el perfume y la alegría desaparezcan para dejar campo a las sombras, al dolor y a los trabajos, todavía el amor mantiene unidas las parejas, sobrellevando sus desventuras, mirando renacer la dicha perdida en sus hijos. La mujer célibe y como amante es una, distinta de la mujer madre y compañera amorosa.

Llegó a su casa tarde de la noche, y encontró sobre su escritorio la novela de Lamartine «Graciela», como esperándolo. La hojeó, y en la última página en blanco encontró el papel de Felicia que leyó con avidez. Quedóse mirándolo y pensó:— ¡Pobre niña, encerrada por voluntad de su madre, privada la mariposuela del placer de asomarse a la ventana y de recrear su corazón! La madre es inexorable. ¿No besaría ella también en sus mocedades? ¿No sentirá hoy vivir su alma como en un halo de luz, en el recuer-

do de sus quereres? Se vive y se goza en el recuerdo de la dicha pasada, pero hay que tener recuerdos amables. He allí el hogar a que pertenece Felicia, hogar modelo, cohiben a la niña para salvar del incendio sus alitas de oro. Hogar modelo porque el amor fundió los corazones de sus padres... ¿Y de qué viviría ese amor?... De lo que viven todos los amores; y debió vivir mejor; porque entonces no había luz eléctrica, sino velas y petróleo, buenos alcahuetes en salas y corredores. ¡Y son crueles con Felicia! Será que no les satisfago yo. Y quizá piensen bien, porque ellos son ricos y yo soy pobre. Más crueldad sería separar a Felicia de sus comodidades para ayuntarla conmigo a sufrir penurias. El siglo no se conforma con virtudes, ni con anhelos sublimes, el siglo pide dinero, y no lo tengo. Bien haya la disposición previosa de los papás de Felicia, porque así me olvidará. No contesto, pues, la misiva; guardaré el libro con tan precioso documento, y olvidaré también. Y lo guardó cuidadosamente con otros objetos de Felicia. Después se desnudó y tendióse en su cama, decidido a no volver a inducir a la inocencia por caminos que a la postre arrojan del paraíso y obligan al ángel vengador a defender la puerta con una espada de fuego.

Y se durmió. La noche compasiva y dulce besa a los buenos sin rubor ni sobresalto; cobíjalos con su chal lujoso de paz y olvido; y al otro día, al despertar, descansados, contentos y animosos se aprestan a la faena diurna; pero es tenebrosa, hosca y vengativa con los malos; vuélvese un vampiro y sobre ellos tiende su ala membranosa, gélida, y armada de uñas, que sobrecoge, espanta y no da tregua al corazón; y al otro día, fatigados, lívidos y cobardes se entregan a sus remordimientos y reincidencias.

Luis había flaqueado y la noche lo castigó, no quiso cobijarlo con su chal de estrellas y lunas, le envió su deforme hija la pesadilla, para que lo adurmiese en sus brazos huesudos. Y llegó la pesadilla: